

Comentarios en torno a una relación interactiva

# AZÚCAR Y CULTURA EN CUBA

Por OSCAR ZANETTI LECUONA

Por algo más de dos siglos, el azúcar constituyó el eje de la vida económica de Cuba. En medio del arrullo de las cañas y el aroma de las mieles, durante la zafra y el “tiempo muerto”, fuesen gordas o flacas las vacas que -siguiendo la bíblica metáfora- generaban las cotizaciones del dulce en el mercado, los cubanos vivieron y crearon la cultura que los identifica.

## Azúcar e identidad nacional

La propia composición de nuestra sociedad insular ha sido hija del azúcar. Es cierto que el conquistador español trajo esclavos negros años antes de que en la Isla se elaborase el gustoso grano, pero solo con la trata masiva que desde finales del siglo XVIII nutrió la expansión de los ingenios, el componente étnico de origen africano adquirió su peso demográfico y, sobre todo, ejerció un decisivo impacto cultural. En el batey y en sus barracones habrían de fundirse las variadas expresiones culturales traídas de África, tanto artísticas como religiosas, iniciándose un proceso sincrético -y también un mestizaje- que se extendió a las ciudades junto con las esclavas y esclavos traídos a servir en los palacetes de sus amos. Los hacendados criollos, inmersos a su vez en las complicaciones técnicas y las exigencias mercantiles que hacían del ingenio una genuina aventura intelectual, se asomaban a la modernidad naciente y definían intereses que los distanciaban del poder colonial. Pero uncidos a la esclavitud, los señores del azúcar difícilmente podrían conseguir para sí la libertad que negaban a sus siervos. La prosperidad amasada con sudor de es-

clavos en tachos y cañaverales no era bastante para hacer de aquella sociedad una nación.

Sin embargo, la plantación azucarera originó también la amalgama cultural indispensable para modelar la identidad cubana. Allí, junto al incansable laboreo del negro de nación, desplegaba sus artes el maestro de azúcar, pasmaba la destreza técnica del maquinista que movía con vapor el trapiche, trasegaba el culí con silencio asiático la meladura hacia la casa de purga, conversaban el mayoral y algún carretero reclutado en la sitiería cercana y hasta debían sufrir-se las travesuras tramadas por el “amito” de vacaciones con el hijo criollo -a veces sospechosamente claro- de alguna de las sirvientas. A pesar de la enorme distancia que separaba el funche del barracón de la espléndida mesa de la casa de vivienda, tanto en ingredientes como en sazones, la comida ofrecía un terreno particularmente propicio a la transculturación. El léxico insular se fue nutriendo de términos azucareros, entre estos ciertos vocablos sexuales cuyo evidente sentido metafórico advirtiera con su habitual perspicacia Moreno Friginals. La caringa y el zapateo, junto a las danzas de Ocha y el garabato se bailaban en los bateyes, que serían cuna de la rumba y escenario primordial de nuestra música más auténtica. La vida del ingenio, con sus esplendores y sus miserias, desgarradora en su cotidiana violencia, entraría en las páginas de la literatura de la mano de Anselmo Suárez Romero y Cirilo Villaverde. Cuando por encima de colores y condiciones supieron los cubanos apreciarse como tales, la campana de un ingenio los convocó a conquistar su independencia y se lanza-

ron al combate llevando como arma el mismo machete que usaban para cortar la caña.

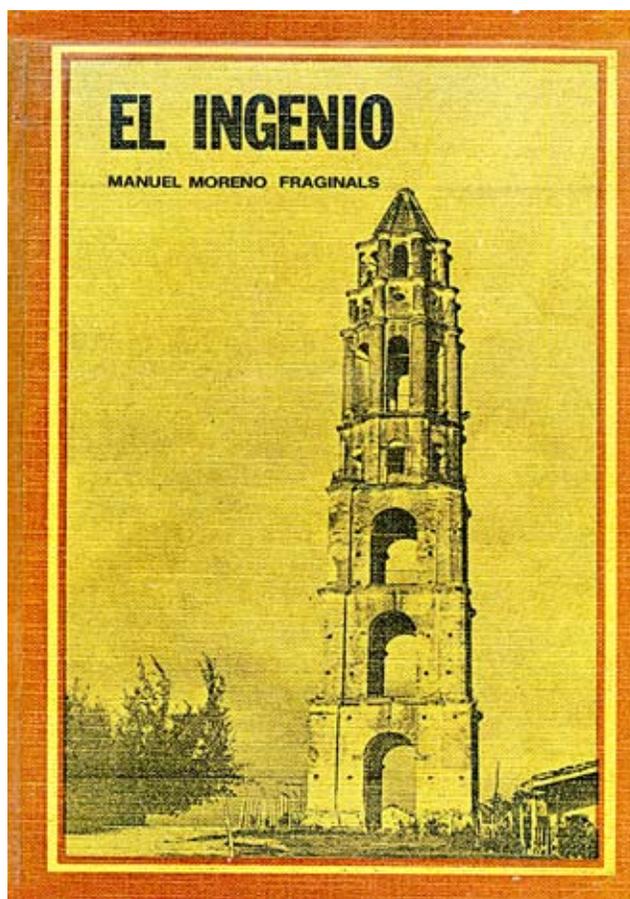
Al iniciarse el siglo XX, la demanda y los capitales norteamericanos promueven una portentosa expansión de la economía azucarera. En su despliegue por la mitad oriental de la Isla, ingenios y cañaverales unificaron definitivamente el paisaje cubano. Ahora se trataba de fábricas gigantescas instaladas en medio de vastos latifundios, que eran capaces de producir treinta o cuarenta veces más azúcar que el mejor de los trapiches en el pasado esclavista. La nueva plantación ofrecía también un aspecto diferente; rodeado de cañaverales interminables con los cuales lo enlazaba una extensa red ferroviaria, el central erguía sus imponentes chimeneas como eje de poblaciones urbanizadas -los modernos bateyes- cuyo hábitat, a menudo claramente segregado, reproducía en el espacio físico la jerarquía de la empresa industrial y también, en algunos segmentos, el modo de vida norteamericano. Dispersos a lo largo del país, los centrales fueron focos de cultura técnica; a los maquinistas, con funciones multiplicadas, se unieron los peritos químicos que desde el laboratorio controlaban la calidad del dulce, puntistas, centrifugeros, operadores de calderas, tachos y otras maquinarias, electricistas, mecánicos, ferroviarios, decenas y hasta cientos de obreros calificados y semicalificados, representantes de todo un linaje, como califica el sociólogo José Luis Martín a esa suerte de oficio o *know how* que devenido tradición es depositario del arte cubano de producir azúcar. En su lado agrario este abigarrado panorama social pre-

sentaba también nuevas facetas, pues la abolición de la esclavitud a finales del siglo XIX había dado lugar a la aparición del colono, cultivador de la mayor parte de la caña molida en los centrales que, en medida aún mayor que los ve-gueros, se convirtió en núcleo principal del campesinado cubano. En los campos, junto al colono, concurrían figuras más tradicionales como los mayores y carreteros y, sobre todo, los macheteros, contados ahora por cientos de miles, a cuyas filas –especialmente en las provincias de Camagüey y Oriente– se integraron durante las primeras décadas del siglo XX un buen número de braceros negros traídos de las Antillas vecinas.

La vasta distribución de la industria del dulce impulsó la modernización a escala insular, de manera que apenas subsistieron localidades al margen de las relaciones mercantiles. Exclusivas Islas de modernidad, en los bateyes la compañía azucarera controlaba los servicios, incluyendo el comercio minorista; ella suministraba el agua y la electricidad, proporcionaba el transporte, organizaba festejos y auspiciaba equipos de béisbol, imponía en suma, con los pitazos que avisaban el cambio de turno en el central, su orden a la vida. Al ritmo del azúcar se movía también el país entero, no solo porque el carácter estacional de la industria hacía alternar la bulliciosa zafra con un tiempo muerto cada vez más dilatado, sino porque se vivía pendiente –y dependiente– de los mercados, y particularmente de uno, el norteamericano, cuyas cuotas mayores o menores tendrían en vilo desde los años treinta a la economía nacional. Aunque los hacendados y sus asociados insistiesen en que “sin azúcar no hay país”, las paupérrimas condiciones de vida de los macheteros y el número creciente de desempleados que inundaban poblados y ciudades, advertían a las claras que Cuba merecía –y demandaba– otro destino. “Grano de nuestro bien...clave de nuestro mal...”, Agustín Acosta expresaba en *La zafra*, su extenso “poema de combate”, toda la ambivalencia del sentimiento cubano respecto al azúcar.

Esa ambigua disposición se haría patente tras la victoria revolucionaria de 1959. Para contener el movimiento popular el gobierno de Estados Unidos echó mano al dogal de la cuota y terminó por cancelarla; la respuesta, de acento martiano –“sin cuota pero sin amo”–, no se hizo esperar. Pudieron conseguirse otros mercados –particularmente el de la Unión Soviética– y, nacionalizada la industria, se convocó con entusiasmo a la primera “zafra del pueblo”, en la cual fue cosechada casi toda la caña disponible. Después, como parte de la ansiada diversificación económica, el gobierno revolucionario se propuso racionalizar la “primera industria”, decisión sensata ya que en esta se mantenían activos cierto número de centrales ineficientes. Solo que un desbordado sentimiento antiazucarero trocó en caótica demolición de plantaciones lo que se había concebido de manera ordenada. En un par de años el volumen de la zafra se redujo a la mitad y puso en evidencia que el país quizás podría sobrevivir al azúcar, pero no tenía otro medio de pago. Una nue-

va estrategia, diseñada en el marco de las relaciones preferentes concertadas con el campo socialista, reafirmó entonces el papel del dulce como eje del desarrollo de la economía nacional, a partir de un plan de incrementos productivos que apuntaba a la meta descomunal de duplicar el monto de la zafra en apenas un lustro, hasta alcanzar los diez millones de toneladas. Durante ese lapso el azúcar acaparó las energías de la nación. Como la apertura de nuevas fuentes de empleo había hecho ralea las filas de los macheteros y las alternativas tecnológicas experimentadas no permitían sustituir ese trabajo extenuante, cantidades crecientes de voluntarios se movilizaron para cortar la caña. La necesidad de nuevos y más extensos cañaverales revivió de momento la añeja agresión del azúcar contra nuestros bosques. Centrales que durante décadas solo habían experimentado un indispensable mantenimiento, fueron objeto de apreciables inversiones sustituyendo o adicionando equipos en cuya operación el personal se adiestra sobre la marcha, generalmente



con demasiada premura para asegurar su eficaz funcionamiento. En vísperas de la gran cosecha el país vivía para el azúcar. Nunca antes los cubanos se habían visto involucrados en tal cuantía y con tamaña intensidad en una zafra azucarera. La población seguía los reportes de producción aparecidos diariamente en la prensa con la misma regularidad del pronóstico meteorológico y se deleitaba con las metáforas azucareras que un conocido cronista deportivo empleaba para narrar los juegos de béisbol. Periodistas, escritores y otros intelectuales, repartidos por las distintas zonas azucareras de la Isla, recogían los testimonios e incidencias del épico esfuerzo, que desde las páginas de la prensa fueron saltando a los imaginarios para entrar finalmente en la literatura. Hasta una famosísima agrupación de música popular tomó su nombre de una de las consignas al uso. Cuando sucedió lo inevitable y la zafra concluyó distante de la meta trazada, el desconcierto era de tal naturaleza que el país casi se vio abocado a la reconstrucción.

### **Facetas y avatares de la cultura azucarera**

Si el chasco no dio pábulo en aquel instante al rencor contra el azúcar, en parte se debió al precio formidable alcanzado por esta poco después y a que, en realidad, no había alternativa. Por el contrario, la participación formal de Cuba en el esquema de integración económica socialista –Consejo de Ayuda Mutua Económica– vino a reafirmar el papel de la Gran Antilla como principal suministradora de dulce de aquella comunidad internacional. Solo que ahora todo se haría planificadamente. Con un mercado asegurado y precios ventajosos, la primera industria –y su agricultura– fueron objeto de inversiones que a finales de la década de 1970 promediaban 300 millones de pesos anuales y que casi se duplicaron durante los años ochenta. Esos recursos permitieron modernizar numerosos centrales y acrecentar sus capacidades productivas, así como fomentar seis grandes ingenios,

los primeros contruidos en más de medio siglo. La modernización resultó especialmente significativa en el sector agrícola, pues tras probar y desarrollar diversos prototipos de cosechadoras, mediante cooperación cubano-soviética comenzó a producirse un modelo de combinada que permitiría mecanizar hasta dos terceras partes de la cosecha, liberando a decenas de miles de trabajadores de la dura faena del corte de caña. Los resultados no tardaron en registrarse en los indicadores productivos; durante la década del ochenta el monto de la zafra se estabiliza en torno a los siete u ocho millones de toneladas y otros índices, como el rendimiento agrícola, experimentan también una evolución muy favorable.

No ha de extrañar que en tales circunstancias el sector del dulce afianzase su importancia cultural. Ante todo en el plano tecnológico, no solo porque el cuerpo técnico de los centrales y la agricultura cañera contasen ahora con un número de profesionales simplemente impensable cuatro décadas atrás, sino porque los enlaces de la primera industria con otros renglones de la economía se ampliaron en medida considerable. Más de una docena de plantas fabricaban piezas y partes para el equipamiento industrial, incluyendo sistemas de molinos por primera vez producidos en el país. Algo similar ocurría con los implementos agrícolas, entre los cuales destacaba una fábrica de cosechadoras que permitía ensamblar 600 de estos equipos al año. La investigación científica y tecnológica disponía finalmente de medios apropiados, resultando particularmente notables los avances en el terreno de los derivados, la mayor parte desarrollados en plantas piloto, pero algunos elaborados ya a escala industrial. Muchos de los bateyes azucareros consolidaron su carácter urbano, tanto por la construcción de nuevas viviendas –inclusive en edificios multifamiliares que llegaron a extenderse hasta las áreas rurales– como por la dotación o mejora de las instalaciones educativas y los servicios de salud, lo cual los habilitaba para constituirse en focos de una actividad cultural que, lamentablemente, adoleció de iniciativas apropiadas. Los enormes recursos dedicados al sector del dulce mantenían a este en el primer plano de interés. Aunque ya la gente no

estuviese al tanto del saldo productivo de la zafra –pues este se había tornado secreto estatal– y la mecanización en la cosecha hubiese dejado atrás las grandes movilizaciones de trabajadores, bastaba con saber que el azúcar representaba tres cuartas partes del valor de las exportaciones cubanas para comprender que ella continuaba aportando el sustento de la nación.

Semejante concentración entrañaba una dependencia tan persistente como peligrosa. El ascenso productivo del dulce se efectuaba acarreado un lastre no por velado menos inquietante. Si bien se obtenía mucha más caña por área sembrada, el rendimiento en azúcar conseguido por la industria había descendido en igual proporción. La producción total aumentó, pero las zafras se dilataban por más de 20 días con la consiguiente merma de productividad; un índice de 7,5 kg. de azúcar por hora/hombre de trabajo en la gran cosecha de 1990 –de 8,4 millones de toneladas métricas, la mayor de nuestra historia– colocaba a Cuba por debajo de la media de productividad mundial, bien detrás de los países cañeros más eficientes. Y, peor aún, problemas cuyas raíces se extendían en muchos casos a las fórmulas de gestión, intentaban atajarse con inversiones que incrementaban el coste de producción. La gravosa nivelación de terrenos, los complejos sistemas de regadío, los parques automotores de transporte tan nutridos como mal aprovechados, poco podían hacer frente a las deficiencias de las fórmulas empresariales, a una cultura económica largamente descuidada; de igual manera que el homenaje a los más antiguos trabajadores no bastaba para impedir el empobrecimiento del linaje azucarero, víctima de la centralización y las prácticas burocráticas. La primera industria cubana continuaba produciendo fundamentalmente una materia prima –el azúcar crudo– de escaso valor añadido y operaba aún de manera extensiva. Si la gravedad de estos síntomas no saltaba a la vista, era porque se ocultaba bajo el paraguas de los precios preferenciales ofrecidos por la Unión Soviética, cuatro y hasta cinco veces mayores que los de un mercado mundial cuyo acentuado carácter residual mantenía muy bajas las cotizaciones. La desaparición de la URSS sería una verdadera catástrofe.

Cuando esta se abatió con toda severidad sobre la economía nacional y la contrajo en algo más de un tercio, el azúcar resultó ser una vez más el principal medio de pago del país para sus indispensables –y muy menguadas– transacciones internacionales. Tradicionalmente privilegiado en la asignación de recursos por la economía planificada, el sector azucarero contaba con medios suficientes para mantenerse en producción aunque ahora tuviese que vender su producto a precios que no cubrían los costos; la vieja consigna de “azúcar para crecer”, se convirtió en los 90 en azúcar para sobrevivir. La industria prosiguió haciendo zafras vendidas de antemano cuyo volumen en apenas cinco años se reduciría a la mitad. La producción cañera, reorganizada sobre bases formalmente cooperativas, pero casi sin fertilizantes ni regadío y cortando cañaverales que no habían concluido su ciclo de maduración –aquello de “que no quede una caña en pie” fue siempre antieconómico–, experimentaba una caída todavía peor. Como cabe suponer, la “primera industria” producía a veces careciendo de algunos insumos, por no hablar ya de reposiciones o mantenimientos rigurosos; lo que se ahorra en recursos se perdía

en productividad. Los centrales en peor estado comenzaron a paralizarse, mientras la rentabilidad permanecía como un horizonte inabarcable. A finales de la década de 1990, con una coyuntura de bajos precios y con una perspectiva del mercado poco estimulante, los principales especialistas del sector comenzaron a precisar la diversa naturaleza de los problemas –desde el escaso estímulo al trabajo hasta la obsolescencia tecnológica– y a estudiar soluciones que permitiesen a la industria operar a un coste remunerativo. Como todas las soluciones suponían reajustes en la producción y en la planta fabril para ganar en eficiencia, se comenzó a hablar de un “redimensionamiento”.

En el 2002, superados los peores momentos del “período especial” y abiertas –con el turismo y otros renglones– nuevas fuentes de ingreso para la economía nacional, se decidió finalmente reestructurar a la que ya había dejado de ser nuestra “primera industria”. En muy breve plazo se cerraron 70 centrales, de los cuales cierto número venía paralizado desde años antes, y se transfirieron 700 000 hectáreas de tierras cañeras a otros destinos, medidas acompañadas por otras importantes reducciones de activos en vías férreas, camiones, tractores y otros medios, así como por el desplazamiento de más de 60 000 trabajadores. Estos se trasladarían paulatinamente hacia otras

ocupaciones y, mientras transcurría dicho proceso, continuarían percibiendo su salario dedicado al estudio. También con el propósito de amortiguar los efectos socioeconómicos de estas medidas, el Ministerio del Azúcar se mantendría a cargo de las tierras destinadas a nuevos usos facilitando así la movilidad de los trabajadores, a la vez que continuaría ofreciendo los servicios acostumbrados –electricidad, agua, etc.– a los pobladores de los bateyes en los centrales demolidos. Ampliamente analizada y discutida por las colectividades azucareras, la reestructuración fue poco divulgada y menos aún debatida en otros ámbitos, de manera que esa transformación, una de las de mayor alcance en la historia económica de Cuba, tuvo escasa trascendencia social. Con excepción, claro está, de las comunidades afectadas, para las cuales el redimensionamiento representó un impacto demoledor en su modo de vida, parte esencial de toda cultura.

Un buen número de los centrales desactivados constituían la principal fuente de trabajo en los municipios donde se hallaban enclavados y, en algunos casos, sus bateyes eran también la cabecera municipal. Para aquella gente cuya existencia había transcurrido alrededor de las fábricas desmanteladas, en muy corto plazo solo quedaron esqueléticas estructuras vaciadas de su habitual equipamiento, alguna locomotora herrumbrosa echada al borde del camino, piezas y materiales dispersos por falta de utilidad. Y un deprimente silencio. Es cierto que no hubo desamparo, pero los empleos ofrecidos no se correspondían a menudo, no hablemos ya de las expectativas, sino con la cultura laboral de los trabajadores “excedentes”. Junto con la fábrica o el taller cerrado, desaparecieron las faenas, los ruidos y hasta los olores en torno a los cuales se había organizado la vida. Entre sus vastas implicaciones sociales, la reestructuración azucarera ha comportado serios problemas de identidad, tanto para las comunidades como para las personas. Aquí o allá se ha conseguido mantener un equipo de béisbol que represente al viejo batey, crear un conjunto musical que alegre sus noches, promover algún grupo de baile o preservar en la vieja “casa de vivienda” un espacio para el entretenimiento. Pero nada de



Detalle del grabado del ingenio Trinidad (alias Vista Hermosa), de Eduardo Laplante. Fundado por Esteban Santa Cruz, el Trinidad fue uno de los gigantes productores de mediados del siglo XIX, capaz de producir más de 1000 toneladas de azúcar por zafra, cifra impresionante para la época.

ello garantiza la preservación de unas identidades o la configuración de otras nuevas en las cuales resulte perceptible, que no ya dominante, la impronta azucarera.

A escala nacional, la conciencia de lo que el azúcar representa para la cultura determinó que en todo este proceso se dispusiesen acciones y se contemplaran medidas encaminadas a preservar el patrimonio azucarero. Se previó así que seis de los centrales desactivados, por lo general convenientemente ubicados respecto a zonas turísticas, fuesen conservados como museos; unos lo han conseguido mejor que otros, aunque la plenitud de sus funciones museísticas y la definición de un perfil acorde con las características y la historia locales constituyen todavía una aspiración. Se orientó igualmente el registro y la conservación de otros valores patrimoniales en los centrales que se demolían, desde documentos hasta locomotoras de vapor, con logros parciales y también pérdidas lamentables.

La conservación del patrimonio es un importante factor en la preservación de identidades, pero ella demanda, además de sensibilidad, buenos deseos y mejores proyectos, indispensables recursos. Mantener los equipos e instalaciones de una fábrica inactiva o conservar una locomotora parada, cuesta casi tanto como tenerlos funcionando. La exhibición de esos valores patrimoniales, así como ciertas actividades concebidas con imaginación y bien organizadas –los festivales de las locomotoras de vapor, han sido un ejemplo–, podrían aportar, sin duda, algunos ingresos. Pero para preservar el patrimonio azucarero y hacer evidente todo lo que este representa en la cultura nacional, para asentar sobre un sólido fundamento el saber hacer del cubano en materia de azúcar, los recursos fundamentales deben salir de la propia industria. Lo que de ella se mantiene activo, de su capacidad de desarrollarse, dependerá en definitiva que el azúcar se sostenga como un elemento vivo de nuestra cultura.

Desdichadamente, el comportamiento de la que fuera nuestra primera

industria en modo alguno puede calificarse de alentador. Lejos de alcanzar la media productiva que se consideraba factible al redimensionarse el sector –cuatro millones de toneladas–, la zafra han mantenido una irrefrenable tendencia descendente, llegándose incluso a decidir el cierre de otras 24 fábricas. Es cierto que en algunos años se han enfrentado condiciones climáticas adversas, así como que durante buena parte de la década recién finalizada el mercado resultó poco estimulante. Pero de dos o tres años a esta parte, cuando los precios repuntaron configurando más atractivas perspectivas mercantiles y se asignaron mayores recursos a la industria para revitalizarla, su reacción no ha sido la deseada. Las causas de tal situación son complejas y, desde luego, no se limitan al aspecto industrial. De hecho, una dificultad superlativa lo ha sido la pobre disponibilidad de materia prima. La producción de caña constituye un escenario particularmente expresivo de las desventuras que durante los últimos lustros ha venido experimentando la agricultura cubana; deficiencias en la siembra y el cultivo, fórmulas de pago poco atractivas y todo un rosario de inconvenientes, mantienen un rendimiento medio en la agricultura cañera que años atrás se consideraba razón suficiente para abandonar o demoler un cañaveral. En la industria los problemas no escasean y estos se extienden también a otras esferas del anchuroso mundo del azúcar. Ni nuestra información, ni nuestra especialidad permiten detenernos a especular aquí sobre esos asuntos. El análisis, diagnóstico y remedios para los males del sector azucarero se hallan en manos de los especialistas –bien capaces por cierto– a cuyo cargo está dicha tarea. Pero uno no puede menos que sorprenderse cuando en algún balance de zafra encuentra entre los problemas apuntados el de la calificación del personal, en una industria que hace menos de una década prescindió de decenas de miles de trabajadores, entre ellos no pocos profesionales y técnicos especializados.

Las dificultades que aquejan a nuestra “ex” primera industria, tienen sin duda una dimensión cultural. No me refiero ahora a cuestiones tales como la de proveer a los colectivos laborales

de un esparcimiento digno, con apropiados valores estéticos –lo cual no deja de ser importante–, sino a otro plano cardinal del fenómeno cultural: la cultura del trabajo. Si de algo ha podido preciarse el cubano, es que sabe hacer azúcar. Sin embargo, esa suerte de linaje ha venido sufriendo un indiscutible deterioro, en buena medida por el uso o los malos usos de métodos de gestión que han amparado la desidia, la dilapidación y el conformismo. El centralismo, los márgenes de decisión imprecisos o restringidos, los procedimientos burocráticos, unidos a las limitaciones para mantener actualizada la tecnología y para la renovación del equipamiento obsoleto, ahogaron la iniciativa, alejaron de la industria a trabajadores eficientes e hicieron cundir el desaliento. La supervivencia y, más aún, el desarrollo de la producción azucarera en Cuba, requieren de una agroindustria moderna, con tecnologías de avanzada, que ya no se perciba como un amasijo de hierros viejos o el escenario de las prácticas manuales más rutinarias, sino como un ámbito en el cual sus trabajadores, y particularmente los jóvenes, puedan desplegar la iniciativa creadora y satisfacer al mismo tiempo sus legítimas aspiraciones de bienestar material y espiritual. Ello supone desde luego inversiones, asimilación de tecnologías, transformaciones en la organización empresarial y en otros órdenes, pero nada de esto resultará efectivo si no se acompaña de relaciones laborales dinámicas y participativas, de genuino carácter socialista, así como de una cultura y prácticas cooperativas indispensables para sacar de su letargo a la producción cañera. Recuperar el arte y el orgullo cubano de hacer azúcar, ese linaje que es la esencia misma del patrimonio intangible azucarero, será decisivo para que la producción del dulce no termine convertida en un recuerdo nostálgico y sus múltiples valores pervivan, lozanos y pujantes, en el seno de la cultura nacional.



Nota:

Dada la naturaleza de esta publicación hemos preferido prescindir de notas o referencias. Sin embargo, deseamos hacer patente nuestra deuda en ideas y datos con los participantes en el taller “La cultura del azúcar en Cuba”, organizado por la Fundación Fernando Ortiz a principios del año 2005 y publicado en el número 11, (2005) de la revista *Caiauro*, que edita dicha institución.